

Orlando Pizarro

## El Libertador San Martín en Santiago de Chile (1817-1818)



LOS biógrafos del Libertador don José Francisco de San Martín, concuerdan en presentarlo como un hombre reservado, taciturno, de temperamento frío, pero de un espíritu intensamente apasionado. Hay quienes, además, han llegado a tratarlo como la encarnación de un sistema en marcha; pero era en realidad un vivo exponente de acrisolado sentido de solidaridad, de orden y de disciplina. La voluntad constituía, según él, la substancia y esencia del individuo, y dotado de admirables condiciones de sagacidad y astucia, además de una rara intuición para aquilatar los hombres, sabía elegir siempre con verdadero acierto sus colaboradores, a quienes dirigía con inteligente prudencia.

No obstante estos aspectos de su carácter, don José de San Martín, en la vida social, se imponía con brillo en los grandes salones de la sociedad santiaguina; por su apostura, sencillez y finura. Jamás faltaba a tertulia alguna y toda vez que en ellas actuaba era la figura más visible y atrayente por su conversación fácil y viva. Su palabra se imponía, agradable e insinuante, ante quienes le escuchaban. Por otra parte, amén de buen soldado, amaba la música y el canto, y en más de una reunión íntima, haciéndose acompañar de dos trompetas negros de su banda militar argentina, deleitó los oídos de sus contertulios con una agradable voz de bajo.

Por el año 1817 el salón de recepciones del General San Martín reunía en Santiago lo más selecto de la sociedad chilena y argentina. La tradición perpetuó en Chile, junto con sus glorias militares, el recuerdo de estas tertulias, con las que él deseaba retribuir la cariñosa hospitalidad que recibía. Tales reuniones sociales no sólo comprendían una demostración de exquisita cultura, sino también, un hecho eminentemente patriótico, como la fraternidad de dos pueblos estrechamente unidos por el ideal común de libertad. Era así como en toda fiesta por él auspiciada, inmediatamente antes de iniciarse el primer baile, los asistentes se tomaban de la mano y agrupados en un gran círculo, damas y caballeros, al ritmo de la música de las bandas militares, cantaban el himno nacional argentino como un homenaje a la patria y a la bandera bajo la cual Chile había logrado redimirse en sus anhelos de libertad. Luego, presidido por el General San Martín, se iniciaba el primer minué de honor y la tertulia se prolongaba grata y festiva hasta altas horas de la noche. En estas reuniones se acostumbraba también leer y comentar los partes de guerra del Ejército del Sur, las noticias recibidas de Buenos Aires y de Europa, y se mantenía y alentaba el entusiasmo patriótico nacional.

Una acentuada característica del Libertador era su enemistad por el lujo personal, el que combatía con frecuencia mediante corteses insinuaciones o suplicando a sus invitados asistir a las fiestas vestidos con la mayor sencillez posible. A pesar de esto, se recuerda que en una ocasión doña Mercedes Rosales del Solar, llegó a una de sus tertulias ataviada y alhajada ostentosamente. Llamó en seguida la atención del General la riqueza de sus telas y encajes y la magnificencia de sus joyas y guiado siempre por su afán de disciplina, en forma muy cortés, hizo notar a la linajuda dama que aquello significaba faltar a la etiqueta impuesta para tales ocasiones.

Habitó el Libertador durante su permanencia en Santiago de Chile, en el palacio de los Obispos, que contaba como tribu-

tarios siete conventos con cerca de dos mil mujeres «prolijas en la preparación de dulces y labores» y con las máximas comodidades posibles en aquellos tiempos; sin embargo, el ilustre San Martín prefería servirse su frugal y acostumbrada comida, de pie, en la cocina, y dormir sobre el mismo colchón que le había servido en los páramos cordilleranos, a fin de estar siempre preparado para las duras pruebas inherentes a la vida de campaña, a que tenía dedicada su existencia.

En el cuartel acostumbraba a levantarse «con dos horas de noche», aun en el rigor del invierno, y tan pronto bebía su taza de café «militar», se instalaba ante el bufete a despachar la correspondencia, cuyas minutas entregaba invariablemente cada mañana, a las cinco en punto, a su secretario. Tenía por norma dedicar seis horas diarias a su Despacho, para dejar, según su expresión, «expedito el día». No era el General San Martín hombre de postergar para «más tarde» o «mañana» su labor. Tampoco gustaba de la siesta, ni de la cena, como casi sin excepción sucedía a los hombres de la Colonia. A la una de la tarde hacía su única comida, sin preferir para ello ni el boato ni el deleite que agradaba a sus oficiales, sino que, imperturbable, se dirigía a esa hora a la cocina del regimiento e instalándose en torno de una tosca mesa de madera, se hacía servir su sobrio almuerzo, cuyo principal plato consistía, ordinariamente en un trozo de carne asada o de charqui.

Por las tardes acostumbraba dar un prolongado paseo, envuelto en su capa militar, por los tajamares del Mapocho, los que él llamaba «su Alameda», y que en aquella época se transformaron, por el solo hecho de su presencia en ellos, en el paseo más en boga de la sociedad chilena, hecho que envuelve una demostración irrefutable del entrañable afecto de que gozaba el Libertador en Chile.

Es también sencillamente maravilloso este hombre de relieve sudamericano, mirado desde el aspecto de su actividad diaria, por la sobriedad de su vida, la rudeza rayana en la cruel-

dad, de las labores y privaciones que voluntariamente se imponía. Estas hacían resaltar su energía ante las profundas dolencias físicas que lo atormentaban, pues, a pesar de estar dotado de una constitución robusta y aparentemente sana, sufría de una constante y molesta irritabilidad al estómago, para lo cual su médico, un empírico de la escuela antigua, a fin de atenuar tal vez su malestar, lo había acostumbrado a envenenarse gradualmente ingiriendo pequeñas dosis de opio. Sufría, además y a menudo, de dolores neurálgicos y de ataques reumáticos al brazo derecho junto al puño. Esto último le hacía rehacio a escribir personalmente su correspondencia particular y le atrajo más de una queja de los amigos que deseaban mantener con él comunicaciones epistolares más frecuentes. Sin embargo, fué siempre en este sentido una señalada excepción el ilustre General chileno don Bernardo O'Higgins, a quien escribía constantemente como a su más «Amado Amigo».

Después de su paseo cotidiano por los tajamares, el General San Martín se dirigía nuevamente, a las ocho de la noche, a su Despacho, a fin de imponerse de las últimas novedades del día, y ya fatigado, buscaba invariablemente a las diez el merecido reposo en su duro catre-cofre.

Sin embargo, no todo era fatigosa labor y duras enseñanzas en derredor del héroe, pues, a pesar de que no amaba los placeres ni le agradaba el juego, gustaba de las alegrías ajenas y comprendía, a fuer de hombre de mundo, que el fausto y la cordialidad social en los banquetes y saraos eran medios más sencillos para gobernar a los hombres, o sea, métodos más honestos que los artificios de la intriga, y más eficaces, a la vez ante las muchedumbres, que la influencia que se ejerce desde la opulenta ostentación palaciega.

Consecuente con este modo de pensar, don José de San Martín mantuvo, durante su permanencia en Santiago, a sus expensas la «mesa del Estado», la que era servida en los días de noticias felices para las armas de la libertad en el Palacio

de los Obispos y a la cual seguían «las famosas tertulias del General San Martín».

«La mesa del Estado» se servía a las cuatro de la tarde, presidida por el caballero argentino don Tomás Guido, y se gastaba en este servicio la suma de diez pesos de aquella época. El General se presentaba a la hora de los postres y sólo se hacía servir una taza de café; pero se entregaba a expansiones de camaradería con sus oficiales, amigos e invitados. Hacía cariñosos recuerdos de la Madre Patria y amenizaba su agradable conversación con anécdotas y chistes de marcado sabor peninsular o criollo, matizado con episodios guerreros.

En estas tertulias, como un cálido tributo a la afectuosa y arraigada popularidad de San Martín, los valeses y contradanzas se alternaban con bailes argentinos y chilenos y se acompañaban con guitarras. A este respecto cabe anotar aquí un apunte festivo del Capellán Bauzá, que llevaba la contabilidad del General y que debió repetir muchas veces en sus libros de control, en medio de la forma inmutable de los números: «... Por dos pesos que se gratificaron al que tocó la guitarra en una noche que se bailó alegre»... El guitarrista era siempre un hombre buscado al azar entre la gente del pueblo.

Llegaba a tal punto, en la capital chilena, la popularidad y admiración por el Libertador San Martín, que a su regreso de un corto viaje a Buenos Aires, el día 11 de mayo de 1818, el pueblo santiaguino en masa le tributó tan grandioso homenaje de bienvenida, que el ilustre General, contrariando la modestia de sus costumbres, se vió obligado a aceptarlo. En coche descubierto y coronado por las banderas unidas de Chile y de Argentina, debió atravesar la ciudad bajo los arcos de triunfo y lluvias de flores que en medio de atronadores aplausos y aclamaciones del pueblo, sin distinciones de clases sociales, le prodigaba entusiasmado.

Las tropas apostadas desde el puente del Mapocho hasta el Palacio de los Obispos, rendían los honores militares corres-

pondientes y la ciudad de Santiago de Chile, en aquella oportunidad, permaneció iluminada toda la noche, como un homenaje de gloria al Libertador.

Aquella fecha memorable trajo para chilenos y argentinos un magnífico motivo más de fiesta y regocijo. En los precisos instantes en que se daba comienzo a la exhibición de fuegos artificiales, llegó desde el sur la noticia de la victoria de Gavilán alcanzada por el Coronel argentino Las Heras, y entonces el pueblo, reunido en la Plaza Mayor, presa de delirante entusiasmo, estalló en una inmensa ovación para el Libertador de Chile. Fué ésta la segunda ocasión en que el pueblo de Chile exteriorizaba su afecto por el pueblo argentino y sus deseos de unión fraternal entre ambas naciones. La primera manifestación popular fué para el ilustre tribuno Martínez de Rozas, precursor de la alianza entre uno y otro país.

Los arrestos del guerrero se hermanaban en el General San Martín con los gestos generosos. Quiso el Cabildo de Santiago, como un presente de reconocido afecto por sus heroicos hechos de armas, obsequiarle la cantidad de diez mil pesos en oro, pero el General rehusó aceptarlos y solicitó que esa suma fuera destinada a incrementar la cultura del pueblo mediante la fundación de una Biblioteca Pública. Luego, el Gobierno de Chile le obsequió, agradecido por los favores prestados a la Patria, en los alrededores de la ciudad de Santiago, una chacra denominada «del Conventillo», donde el General gustaba retirarse a descansar de las actividades sociales, para consagrarse por completo a su trabajo y perfeccionamiento de los planes para la campaña libertadora del Perú, pues, su espíritu, profundamente previsor, le inducía a no descuidar detalles en los estudios previos que efectuaba para el desarrollo de sus operaciones militares. Aun más. El Capitán General, don Bernardo O'Higgins, como una demostración del profundo cariño y agradecimiento que el Libertador inspiraba al pueblo y gobierno chileno, le

ofreció la Dirección Suprema de Chile, ofrecimiento que el General se apresuró a rechazar.

La estada del Libertador en Santiago no sólo trajo revuelos en el orden militar, sino también en el sentido social. En aquellos años la capital de Chile dormía el sueño colonial y la revolución sólo había conseguido perturbar a medias la vida conventual que en ella se llevaba. Las oraciones, novenas y festividades religiosas constituían entonces para la inmensa mayoría de las gentes, la única preocupación de sus almas sencillas. Los saraos eran acontecimientos tan extraordinarios, que pasaban a ser el tema obligado entre las damas de la sociedad durante uno o más años. Es fácil, en consecuencia, imaginar la enorme trascendencia que en ambiente tan pacato tuvieron las tertulias del General San Martín y el vivo fervor revolucionario que despertó entre los patriotas su presencia. Los ideales de independencia nacional prendieron más ardorosos en el pecho de los hombres, y el valor y denuedo de los soldados se impuso irresistible en los campos de batalla.

Junto con la unión de las armas de Chile y argentina, se fué también lentamente a una alianza social. Brillantes oficiales del Ejército argentino, cautivados por la belleza y encantos de la mujer chilena, formaron hogar feliz en la tierra libertada, brindando así un vínculo más de unión de los pueblos hermanos, que si antes sólo se estimaban y respetaban, ahora se amarían a través de los siglos. El heroico Coronel Las Heras y el brillante diplomático y amigo de confianza del Libertador, don Tomás Guido, entre otros, cimentaron los sentimientos de solidaridad y confraternidad social, uniéndose en matrimonio con distinguidas damas de la sociedad chilena.

El carácter reservado de San Martín no dió pábulo a que se tejieran en su alrededor hechos románticos ni aventuras galantes. Los cronistas guardan absoluto silencio sobre el particular, y esto hace resaltar su preocupación constante y viva por el destino de América, que tanto amaba. Para él en su vida

había un solo e imponderable ideal: ¡La gran causa americana! A su servicio incondicional estaban sus relevantes dotes de estrategia militar, su espíritu de hombre culto y su indomable valor.

La amistad secular de Chile y Argentina, a través de ciento veintiséis años de vida libre, se mantiene inalterable, y a la fecha, dada la situación dramática que vive el mundo, ambas naciones tratan de intensificar los fraternales lazos que las unen, mediante nuevos convenios que las han de estrechar más férreamente ante las contingencias que el futuro reserve a la humanidad.